



CABARET A LA ESPAÑOLA

La cosa era coherente. Cuando Madrid olía formalmente a gambas al ajillo y las amas de casa andaban con cestas de repollos por la Gran Vía, jalonada de cerilleras y ciegos militarizados, y nuestro panorama internacional lo componían u n o s golfos sudamericanos que asaltaban joyerías o tocaban las maracas, y los melones se vendían bajo un toldo por las esquinas de Argüelles, para dar un empaque escolástico a la Universidad; entonces, la señora Ma-nolita Chen instalaba su teatro de variedades en el Corral de la Pacheca: treinta bellas y esculturales señoritas en la pasarela, un par de cómicos al pimiento relleno, el número del marica desmadrado, una pareja de cante español con el ¡ay! en la garganta y luego rifas de mu-ñecas, bizcochos de un kilo por el sistema de la baraja, bambalinas, gasas, charanguita en el foso y mus-los con cardenales «in pectore».

El teatro de Manolita Chen era como la versión agraria de ese cabaret de Liza Minnelli, la expresión retorcida de una sociedad que todavía se hacía el amor en los rincones de los cines, en los pajares bajo el sol tórrido, y cortaba las turmas a toros de siete años en las capeas en honor a la Santa Patrona.

Como los tiempos han cambiado, ahora Manolita Chen monta su carpa e instala los carromatos en la plaza de Castilla, que es el espejo cóncavo del neocapitalismo español. Una plaza con el monumento del Protomártir en medio, que limita alredèdor por botijeros de Talavera y pollinos cargados de loza, por solares encasquetados entre la especulación y el laberinto de las Ordenanzas Municipales, por los picaderos de los tecnócratas, por las mozas de Fleming, por el barrio obrero de Tetuán con olor a guiso de coliflor y cruzada de vez en cuando por un ganado de ovejas, para darle un aire de majada al asunto de las grandes inmobiliarias, que han puesto los altos de Chamartín hirsutos de mazacotes de ladrillo visto.

La clientela de Manolita Chen no está compuesta de señoras cargadas de astracán, esas que rizan el meñique cuando toman té con leche y se atiborran de bombones en el Lara. El público que se refugia en la carpa para acompañar con rugidos las corvas macizas de las coristas son tíos con bufanda, honra y prez de pueblo español, y algún progresista que de tarde en tarde quiere darse un garbeo por la base y, de paso, probar suerte en la rifa del paquete de bizcochos.

VICENT













Muchos de los que pueden, en su constante deseo de perfeccionamiento, además de cruzarse de manos han empezado a cruzarse también de pies. Ofrecemos en exclusiva nacional el cruzamiento de dichos pies, realizado recientemente por uno de los tales.





